NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, DE LA mas prodigiosa historia, que han oído los mortales, en que se declara la feliz fortuna que tuvo un hijo de un cortante de la ciudad de Cádiz, llevándosele un mercader á las Indias. Dase cuenta como volvió á España por permision del Cielo, y se casó con la hija de un mercader causante de su desgracia y dicha.

PRIMERA PARTE.

O gran Dios de la verdad,
Criador de tierra, y cielo,
sapiente, justo, amoroso,
Dios piadoso, Rey excelso.
Son tus secretos, Señor,
tan altos, y tan supremos,
que aun vuestra querida Madre
jamás pudo comprehenderlos;
que solamente tu amor,
soberano Dios eterno,
sabe fines, y principios
con vuestro poder inmenso;
lo cual lo dirá esta historia,
que puede servir de ejemplo
que le sucedió á un cortante
de hacienda muy opulento.
En la gran ciudad de Cádiz,
de España famoso puerto,
habitaba un mercader
de mucha hacienda, y dinero,
lado por lado de casa
del cortante que refiero;
y como eran los dos ricos,
se guardaban el respeto
debido, como Dios manda;
mas se lo tenia á menos

la

la muger del mercader :
y estando un dia comiendo,
y su esposa con cariño
le dijo : querido dueño,
si tu voluntad , señor,
á lo que intentar pretendo,
viene bien á mi eleccion,
lo estimaré por extremo,
y es , que veais si el cortante
que al lado de casa tengo,
querrá vendernos su casa :
y el respondió : no lo creo,
porque es rico , y poderoso ;
mas yo lo veré al momento.
Y al otro dia siguiente,
el mercader muy atento
se fué á casa del cortante,
con gusto le recibieron,
y al hacer la peticion,
el cortante con acuerdo,
le respondió : señor mio,
yo quisiera que lo mesmo
hiciera vuessa merced,
que necesito por cierto
haber de ensanchar la casa ;
y si quiere , pide precio,
no repare por doblones,
que aparejados los tengo.
Quedó el mercader corrido,
y apenas se despidieron,
se fué á su casa , y al punto
salió su esposa corriendo,
á saber de lo tratado
si habia algo de nuevo.
Dióle la nueva su esposo,
y viendo que no hay remedio
dejaron su pretension.

Mas si escuchan con silencio,
verán lo que sucedió,
y lo que Dios verdadero
permitió con su poder,
porque sirve de escarmiento
este caso , y advertencia
á los humanos del suelo :
y fué que las dos mugeres
quedaron á un mismo tiempo
en cinta , y á nueve meses
el Sacro Divino Verbo
dió al mercader una niña,
y al cortante un niño bello.
Pasaron algunos meses,
que los dos iban creciendo ;
y el mercader dos esclavos
tenia para el recreo
de la niña , y al pasearla ;
y ellos por divertimiento
iban á casa el cortante,
que fué inspiracion del Cielo,
donde jugaba la niña
con el niño , y tal afecto
se tomaron uno á otro,
que era un prodigio de verlo,
que en estando divididos,
siempre llorando , y gimiendo
estaba la niña en casa,
tal , que su madre en recelo
les preguntó á los esclavos :
donde le llevais ? que es esto,
que cuando salís de casa
parece vé el cielo abierto,
y cuando volveis á entrar,
no hay quien la acalle un momento?
Respondieron los esclavos
señora , nuestro paseo

es

es ir á casa del cortante,
que tiene un niño pequeño,
donde se entretiene la niña
jugando en él ; y esto es cierto.
Mas como nunca el demonio,
aquel maldito perverso,
deja estar las almas quietas,
le infundió en su entendimiento
á la madre de la niña
el mas feo pensamiento
que los Cristianos han visto ;
y fué , que llamó al momento
los esclavos , y les dijo :
sabreis como tengo intento
de libraros , mustafá
á tí y á tu compañero,
como ejecuteis un lance,
y esto ha de ser en secreto.
Si sacais aquesta tarde,
y echais al profundo seno
ese niño del cortante
por la mañana prometo
el poneros en Argél
á costa de mi dinero ;
mirad que es cosa que importa.
Los esclavos que esto oyeron
por tener la libertad
á casa el cortante fueron,
como otras veces solian,
y asi que ocasion tuvieron,
al tierno infante sacaron
á orillas del mar sobervio,
y al arrojarle á las aguas,
los dos se compadecieron ;
sin matarle , á las oríllas
dejáronle , y se volvieron
á la ciudad , y al instante

cerraron las puertas luego
de la Badia , y el niño
quedó en la arena durmiendo ;
y al cabo de poco rato,
cuando despertó del sueño,
empezó el niño á llorar ;
y un mercader que en el puerto,
de las Indias , que esperaba
tener favorable tiempo
para marchar á su Patria,
oyó los tiernos lamentos,
mandó saliese una lancha,
para vér lo que era aquello ;
vieron el hermoso niño,
y al navío le trajeron.
Y el mercader que le vido,
con cariñosos cortejos
le recibió con sus brazos,
diciéndole mil requiebros ;
de quien serás , tierno infante?
Que corazon tan proterbo
ha sido quien te ha dejado
en tanta miseria puesto ?
Y á las dos de la mañana
tuvo favorable viento
para marchar , y una pieza
tiró de leva ; y moviendo
el navío se llevaron
al niño , que desconsuelo !
Quien llegará á contemplar
el dolor y sentimiento,
la fatiga , pena , y ansia,
que aquella noche tuvieron
los padres de este angelito
sin saber si es vivo , ó muerto!
En efecto se llevaron
el niño , y le mantuvieron

con

329
330

con amorosas caricias,
dandole vizcocho, y huevos,
hasta llegar á las Indias,
donde á recibir le salieron
al mercader; y él entonces
á su esposa con contento
le entregó el hermoso niño
dando cuenta del suceso:
y por si no era Cristiano,
luego al instante le dieron
el Bautismo, y le llamaron,
el mercader sin saberlo,
Pepe, y se llamaba Pepe;
miren que mayor secreto
de Dios: y asi le criaron
cual si fuera hijo: viendo
su buena disposicion,
cuando en edad fué creciendo,
inclinaron á la letra:
Fué virtuoso, y perfecto,
galán, cortés y bizarro,
muy aplaudido del pueblo.
Llegó á tener veinte años,
y el mercader á este tiempo
ofreciósele un viage,
y á Pepe le dijo esto:
hijo, cuyda de mi casa,
pues de ella te quedas dueño:
cuyda tambien de tu madre,
y tu hermano te encomiendo
que esté bien adotrinado,
dale buenos documentos,
que yo me voy á un viage,
no se cuando volveremos.
Despidiéronse llorando,
hizo salva, y se partieron,
y el mozo se quedó en casa:
y estando un dia leyendo,
el hermano putativo
le respondió muy sobervio;
y por sus malas palabras,
y sobrado atrevimiento
alzó la mano, y le dió
un bofeton, porque miedo
tuviese, y no se criase
tan osado; y él corriendo
se fué á llamar á su madre
que estaba en un aposento:
díjole como su hermano
le maltrató, y sin acuerdo,
viendo lloraba su hijo,
hecha una vívora ardiendo
salió, y á pocas palabras,
muy falta de sufrimiento
le dijo que era un bastardo:
y el con gran sentimiento,
sentido de esta palabra,
corrido, afrentado de esto,
no comia, ni bebia,
ni se salia al paseo,
porque siempre estaba en casa
dos mil cosas discurriendo;
hasta que supo por claro,
como fué su nacimiento
en la gran ciudad de Cádiz,
no tuvo un punto sosiego.
En este estado el romance
dejo por no ser molesto,
porque en la segunda parte
se esplicará por extenso
como se volvió á su patria
este gallardo mancebo,
y se casó con la niña
que ya referido tengo.

SE-

SEGUNDA PARTE.

Ya dije como salió
aquel mercader de fama
de las Indias á un viage,
y en salud volvió á su patria.
A recibir le salieron
antes que desembarcara,
los deudos, y los amigos,
y su esposa muy amada;
los cuales le cortejaron,
y luego les preguntara
el mercader por su hijo
Pepe, que asi se llamaba,
diciéndole: esposa mia,
dime que ha sido la causa
que no salió á recibirme?
Y ella dijo estas palabras:
Has de saber, dulce esposo,
que al hijo de mis entrañas
le dió Pepe un bofeton
por la licion; y enojada
le dije que era un bastardo,
que se fuera de mi casa,
y desde entonces acá
no hay quien le vea la cara.
Y el mercader muy humilde
oyendo aquesta embajada,
se fué á su casa, y al punto,
asi que por ella entrara,
le echó los brazos al cuello,
diciendo: Pepe del alma,
que tienes? quien te ha enojado?
Y él la mano le besara,
y le dijo: padre mio,
me alegro de ver que en casa
está yá vuesa merced;
mas quisiera que me hallara
difunto sobre la tierra:
no porque me falta nada
en vuestra casa señor,
mas me dijo una palabra
mi madre, y esa la tengo
en mi corazon sellada:
y asi le suplico, y ruego,
por la Virgen Sacrosanta,
me diga quien es mi madre,
porque esta que me criara
veo que no es, ni ha sido,
pues de borde me tratara.
Oyendo esto el mercader
un papel escrito saca,
tambien sacó los pañales,
que en un cofre les guardaba;
los mismos que siendo niño,
dentro en Cadiz le empañaban,
y estas palabras le dijo:
Aquestas lineas declaran
de donde sois, y en que forma
habeis venido á mi casa.
Leyó el papel, y en el vido
como era hijo de España,
de la gran ciudad de Cádiz,
y la causa que se hallaba
en las Indias Orientales;
y asi de gozo lloraba,
y al que tenia por padre,
de aquesta suerte le hablara:
Señor; pues vos me criasteis
como hijo, yo os llamaba
padre, mas ya reconozco
que no lo sois, y esto basta;

Y

y asi, la licencia os pido
para partirme á mi Patria
á buscar mi padre, ó madre:
y la bendicion le daba,
cual si fuera hijo suyo,
y un navío le entregára
cargado de mercancia
con gente que le guiára.
Dióle una cadena de oro,
para que de él se acordára
sin otras joyas de precio:
tambien le entregó una carta
para un mercader de Cádiz;
y le dijo, sino hallaba
padre, ó madre, volviese
á las Indias sin tardanza;
y él le dijo: padre amado,
por la Trinidad sagrada
suplico que me perdone;
y arrodillado á sus plantas,
besóle la mano, y luego
humilde le dió las gracias.
Hechos raudales sus ojos,
de él se despidió, y le abraza,
diciendo: el Cielo te guarde,
á Dios Pepe de mi alma;
y antes de salir del puerto,
por tres veces le hizo salva,
y engolfado se ha en el mar,
sin peligro, ni borrasca.
Navegaron viento en popa,
y un Domingo de mañana,
apenas el claro Apolo
tendió sus ebras doradas,
se vieron cuatro navíos
de moros, que aquellas aguas
iban surcando los mares,

cargados de gente armada,
que iban en cós, y llegaron
los cuatro con gran pujanza,
y apresaron el navio:
Jesus, que suma desgracia!
Y el capitan de los moros,
que los cuatro gobernaba,
le dijo: dime, cristiano,
donde iba tu jornada?
Y el cristiano respondió:
Para las costas de España
era el viage, señor.
Cuya es riqueza tantá?
Vuestra, gran señor, le dijo,
y el suceso le contara;
y porque esteis sàtisfecho,
este papel os declará
lo que digo si es verdad.
Y el moro que àtento estaba,
tomó el papel en sus mànos,
sus ojos vueltos en aguá,
y mirando aquellas lineas,
mil parabienes le daba,
y abrazándole le dijo
estas siguientes palabras:
Yo conocí vuestro padre,
tambien vuestra madre amada,
por ti se vé mi persona
en el triunfo que se halla;
y asi no te dé cuydado
ni tengas temor de nada,
que yo te acompañaré
á esta ciudad nombrada
de Cádiz, donde naciste,
que es justo que satisfaga
los favores que te debo:
y entonces le relatara

todo

todo el caso por extenso,
y tambien le acompañara
hasta la ciudad de Cádiz,
que fué la mejor hazaña,
que en los anales del tiempo
sucedió, ni escrita se halla
otra hazaña como esta,
segun la historia declara:
y al despedirse los moros,
tiernos abrazos se daban.
Llegó al puerto muy alegre,
donde el navio abordara,
de paz levantó vandera,
y una pieza disparára;
por lo cual los mercaderes,
que en la ciudad habitaban,
pensando que era el Tratante
de las Indias, que esperaban,
salieron á recibirle,
y luego entregó la carta,
que llevaba de las Indias,
en la cual manifestaba
como era hijo suyo,
que su padre le enviaba
con aquella mercancia,
y todos se cortejaban
con él; y saltando en tierra,
y á pocos dias que estaba
en la ciudad, y á un muchacho
le dijo que le enseñara
donde está la casa del cortante,
y asi que supo la casa,
un cierto dia pasando,
á sus criados mandaba,
que aquella moneda entrasen,
y que alli se la dejaran.
Al punto le obedecieron,

y su padre le llamara
con el sombrero en la mano,
sin saber con quien hablaba,
le dijo: señor, quisiera
que vuesa merced sacara
la moneda, porque no
quiero guardar en mi casa
de nadie moneda alguna,
sin saber como, ni cuanta
me entrega, para que yo,
cuando volveré á entregarla,
pueda dar satisfaccion:
y él le dijo la guardara
en su casa, que mas bien
la tendria conservada
que no su persona mesma;
y por alli fué la entrada
en la casa de su padre.
Ya todos le censuraban
en saraos y banquetes,
que en casa el cortante entraba
el mercader de las Indias,
mas no sabian la causa.
Temieron que pretendia
el mercader á una hermana
suya, é hija del cortante,
que era en estremo bizarra.
Dábanle mil documentos,
y un dia le combidara
aquel mercader, que fué
de su fortuna boltatria
causante, y él aceptó
y á la mesa se sentara;
y despues de haber comido
mil diferentes viandas,
estas palabras le dijo:
Mucho me admiro que haya

pues-

puesto la aficion tan firme
su merced con quien no iguala
su calidad en la vuestra,
en querer galantearla
esa hija del cortante,
aunque es todo agraciada.
Solo porque no se case
con ella, de buena gana
le daré yo por esposa
á mi querida Bernarda,
que quiero mas que á mi vida;
y el suspenso se quedaba,
que no esperaba otra cosa,
y esta respuesta le daba:
Por dichoso me tendria
de lograr belleza tanta.
El cual, sin mas dilacion
solo con esta palabra,
se previnieron las bodas;
y antes que se desposasen
á su hija le señala
cien mil ducados de dote
sin otras joyas y galas.
Celebráronse las bodas
con alegria sobrada,
y halláronse en el banquete
padre, madre y una hermana
del novio, sin saber nadie
lo que su pecho ocultaba;
y acabada la funcion,
el novio les demandara
á todos, que le esplicasen
una duda, y se miraban
unos á otros: y entonces
el suegro le preguntara:
que duda es, hijo mio?
Si hay alguno que deshaga
cosa que Dios determina
en su celestial alcázar.
Y todos le respondieron:
Una vez determinada,
no hay ninguno en este mundo,
aunque sea el mismo Papa,
que la pueda deshacer;
y esta respuesta les daba:
pues la verdad conoceis,
aquesta es mi madre amada;
este es mi padre, y yo soy,
el que mi suegra intentaba
que me diesen los esclavos
fiera la muerte inhumana.
Aquestos son los pañales,
que con ellos me empañaban
siendo niño; y esas líneas
os explicarán la causa
que me veo en este triumfo,
desposado con Bernarda.
Sea para bien señores;
y todos á una voz claman:
Vivan los novios; é hicieron
toros, tornéos y cañas,
de alegria que tuvieron
dándole infinitas gracias
á Dios y á su santa Madre,
que todo lo puede y manda.
Aqui dá fin el romance,
señores, si ha habido falta
en esplicar esta historia
procuraré de enmendarla.

FIN.

Barcelona: Imprenta de los Herederos de la Viuda Pla, calle Cotoners.

335